

Sermón

ACAPARADORES, COMERCIANTES O INVERSORES

Gerry Christman

Nabal poseía un gran rebaño. En realidad, no era rico, sino muy rico. Tenía tres mil ovejas y mil cabras. Incluso hoy en día lo consideraríamos una persona rica.

Las ovejas necesitan ser esquiladas al menos una vez al año, generalmente en la primavera. ¿Puede imaginar esquilar miles de animales sin una esquiladora eléctrica? Felizmente las ovejas permanecen calmas y no se mueven cuando se encuentran acostadas sobre sus espaldas y las cuatro patas hacia arriba. Pero se necesita mucha habilidad para colocar a una oveja en esa posición, luego de lo cual el esquilador podrá trabajar cortando la lana de una pasiva oveja. Esquilar implica un enorme trabajo, pero Nabal tenía muchos jornaleros para ayudarlo a realizar esa tarea.

Una vez que las ovejas habían sido esquiladas, *todos* se alegraban. Este tiempo de alegría era más que un día de pago. Era un día festivo para todos; un tiempo de celebración. Este evento incluía a la familia, los amigos, los sirvientes y todos los que vivían en las proximidades eran invitados, incluyendo los extranjeros, los desconocidos y los pobres. Después de la esquila, era el tiempo de compartir.

Otro ejemplo bíblico de hospitalidad corresponde al tiempo de vida de Nehemías. ¿Qué instrucciones le dio a su pueblo?

(Nehemías 8:10-12)¹ “Luego les dijo: ‘Id, comed alimentos grasos, bebed vino dulce y enviad porciones a los que no tienen nada preparado; porque este es día consagrado a nuestro Señor. No os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza’. También los levitas calmaban a todo el pueblo, diciendo: ‘Callad, porque es día santo; no os entristezcáis’. Y todo el pueblo se fue a comer y a beber, a obsequiar porciones y a gozar de gran alegría, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado”.

Compartir alimentos y bebida era una gran prioridad. Los momentos alegres iban más allá de los límites familiares o de amistad. Era una oportunidad para compartir las bendiciones de Dios.

Volvamos al tiempo de Nabal, que era contemporáneo de David. David y sus hombres se estaban alegrando anticipadamente por las festividades que pronto tendrían lugar en la propiedad de Nabal. Recordemos que David había estado escondiéndose en las cavernas cercanas, tratando de eludir los celos del rey Saúl. Tanto David como sus hombres, habían estado protegiendo a los pastores y rebaños de Nabal del asalto de bandidos y el ataque de animales salvajes. Pero lo hicieron sin afán de buscar compensación de Nabal.

Como David y sus hombres vivían cerca de la casa de Nabal, de acuerdo a las costumbres, ellos debían ser invitados a la fiesta. Sin embargo, la invitación nunca llegó. ¿Qué hizo David entonces?

(1 Sam. 25:5-8) “Entonces envió David diez jóvenes y les dijo: ‘Subid al Carmel e id a Nabal; saludadlo en mi nombre y decidle: Paz a ti, a tu familia, y paz a todo cuanto tienes. He sabido que tienes esquiladores. Ahora bien, tus pastores han estado con nosotros; no los tratamos mal ni les faltó nada en todo el tiempo que han estado en Carmel. Pregunta a tus criados y ellos te lo dirán. Hallen, por tanto, estos jóvenes gracia a tus ojos, porque hemos venido en buen día; te ruego que des lo que tengas a mano a tus siervos y a tu hijo David”.

¿No era un tanto descortés que los hombres de David se invitaran a la fiesta de Nabal? No, para nada. David no era un mendigo, sino que seguía el código de costumbres. Dios había dado instrucciones específicas sobre quiénes debían asistir a esos eventos sociales. La Biblia dice en Deuteronomio 16:14:

“Te alegrarás en tus fiestas solemnes, tú, tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, y el levita, el extranjero, el huérfano y la viuda que viven en tus poblaciones”.

Las instrucciones de Dios abarcan a personas que nosotros habríamos dejado afuera de la lista de invitados. Él quiere que recordemos especialmente a los destituidos, los que están solos, los extranjeros; en otras palabras, los que generalmente se sienten olvidados.

Y entonces, ¿cuál fue la reacción de Nabal al pedido de los hombres de David? Se nos dice en 1 Samuel 25:9:

“Los jóvenes enviados por David fueron y dijeron a Nabal todas estas cosas en nombre de David, y callaron”.

Imaginemos la escena: los diez hombres de David hicieron su pedido y Nabal los humilla haciéndolos esperar. Nabal permanece quieto –un silencio incómodo. Es como si hubiera estado pensando si David y sus hombres eran o no merecedores de la fiesta. Podría sentirse avergonzado por lo que estos hombres habían tenido que acudir a pedir. Le hubiera correspondido pedir disculpas por no haberlos incluido. Pero Nabal era orgulloso y... necio.

Finalmente les responde, pero notemos cómo en los versículos 10 y 11:

“¿Quién es David, quién es el hijo de Isaí? Muchos siervos hay hoy que huyen de sus señores. ¿He de tomar yo ahora mi pan, mi agua y la carne que he preparado para mis esquiladores, y darla a hombres que no sé de dónde son?”

Nabal les responde retóricamente. Sus preguntas no eran para obtener una respuesta, sino más bien un insulto. Estaba degradando a David al preguntar: “¿Quién es David?” Todos consideraban que David era un héroe nacional y Nabal también lo sabía. Y continuó: “¿Quién es el hijo de Isaí?” Nabal quería hacer de cuenta que David era hijo de “alguien” irrelevante. Lo trató como si se hubiera tratado de un simple desconocido de origen incierto. Pero su maldad no terminó allí. Notemos lo que dice: (ver. 11)

“¿He de tomar yo ahora mi pan, mi agua y la carne que he preparado para mis esquiladores, y darla a hombres que no sé de dónde son?”

Nabal demostró tener una visión distorsionada. Creía que las cosas que estaban bajo su techo eran suyas, y solamente suyas: “*Mi pan, mi agua, mis esquiladores*”. Solo esto estaba en su pensamiento. Había permitido que la codicia invadiera su mente. La codicia cerró los ojos de Nabal, y no podía percibir ya que Dios era la fuente de todo lo que tenía.

Y sin embargo, él debería haberlo sabido muy bien. Era descendiente de Caleb, el gran hombre de fe. Nabal conocía muy bien su deber y sus responsabilidades. Él sabía que Dios había dicho que aquellos que tenían en abundancia debían suplir las necesidades de los que tenían poco; sabía que somos los guardianes de nuestros hermanos. Sabía muy bien que debemos proteger a nuestros hermanos.

Nabal tenía la orden de Dios de prestar cuidado a los extranjeros que estuvieran dentro de su ámbito, pero cerró sus ojos. La Biblia lo considera necio.

Muchos años después, Jesús dijo lo que quedó registrado en Lucas 14:13, 14:

“Cuando hagas banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos; y serás bienaventurado, porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos”.

Ayudar a los necesitados no es solo una buena idea. Es un mandato de nuestro Señor Jesús.

¿Hay alguna persona o alguna familia que ha sido excluida de nuestro círculo? Todos estamos llamados a compartir lo que Dios nos ha dado, con esas personas. ¿Y qué decir sobre nuestra iglesia? ¿Debemos compartir nuestras bendiciones con la iglesia? Esta es la pregunta que Jesús nos hace.

El príncipe William de Inglaterra nació en una familia rica y real. A pesar de ello, ha demostrado preocupación por los desamparados. Antes de su casamiento en 2011 pasó una noche durmiendo al aire libre en una calle de Londres. Quería experimentar la situación de los pobres.² En otra ocasión acudió a un evento de caridad hacia los desamparados. En esa oportunidad conoció a Shozna. Esta mujer había padecido un ataque cerebral durante su adolescencia. El lado derecho de su cuerpo había quedado afectado con una parálisis. A esto se le sumaron una serie de otras tragedias, que la convirtieron a los dieciocho años en una mujer sin hogar. Cuando llegó el tiempo de la boda del príncipe, él la recordó y le envió una invitación. Shozna sufrió una transformación antes de asistir a la boda del príncipe con Kate Middleton y comentó que se sintió hermosa sentada en la Abadía de Westminster, en medio de los invitados reales.³

Cuando es tiempo de celebrar, no recordemos únicamente a nuestros familiares y amigos. Dios quiere que incluyamos a los pobres, los afligidos y los solos. Un ejemplo de cuán importante es pensar en los necesitados, está ilustrado en la historia de Sodoma y

Gomorra. Estas ciudades eran conocidas por sus iniquidades. ¿Por qué destruyó Dios a Sodoma? En Ezequiel 16:49 dice:

“Esta fue la maldad de Sodoma, tu hermana: soberbia, pan de sobra y abundancia de ocio tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del necesitado”.

Dios envió una lluvia de fuego sobre Sodoma, y no fue únicamente por sus iniquidades sexuales, sino también porque no extendió su mano a los necesitados.

Tres tipos de personas

John Maxwell escribió que hay tres tipos de personas: los acaparadores, los comerciantes y los inversores.⁴ Todos sabemos quiénes son los acaparadores: son los Nabales de la sociedad. Sacan más de lo que dan. Quieren TENER. Esperan que otros den, para así gozar de los beneficios. Les encanta hacer “retiros” esperando que otros hagan los “depósitos”. Una comunidad llena de acaparadores termina siendo una ruina. Pero una iglesia llena de egoístas es peor aún. Los acaparadores ignoran los mandatos de Dios de compartir sus bendiciones.

El segundo grupo es el de los comerciantes. Esta gente también es necia. Ellos dan, pero por interés de recibir algo a cambio. Quieren INTERCAMBIAR. Se ocupan de sus conocidos; pueden ser generosos con sus amigos, pero a la vez ponen atención en lo que reciben a cambio. En realidad, ellos preferirían ser acaparadores, pero saben que la sociedad no lo ve con buenos ojos. Nabal era un acaparador, pero por conveniencia, también era un comerciante.

Por último, están los inversores. Estos son sabios mayordomos del reino de Dios. Les gusta dar. Constantemente están procurando ayudar. En la iglesia identifican al visitante y se acercan con amabilidad. Por donde andan, encuentran cómo ayudar a los que están en necesidad. Sus ojos notan rápidamente dónde hay necesidades y tratan de suplirlas. Dan abiertamente para apoyar a los ministerios de la iglesia. Los siervos de Dios inversores, miran el reino de Dios –no a sí mismos. No esperan algo en retribución. Quieren DAR. Saben que hay mayor bendición en dar que en recibir.

En el Nuevo Testamento, la iglesia en Macedonia estaba llena de inversores. Eran pobres financieramente hablando, pero de todos modos eran inversores. Notemos lo que hacían:

(2 Cor. 8:1-5) “Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia, porque, en las grandes tribulaciones con que han sido probadas, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad. Doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aún más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor y luego a nosotros, por la voluntad de Dios”.

Estos miembros de iglesia eran pobres, pero rogaron que les dejaran compartir, porque consideraban que dar era un privilegio –y no una carga u obligación. ¿Por qué sucedió esto? El versículo 5 nos da la respuesta. Ellos *primeramente* se dieron al Señor,

y *luego* abrieron sus corazones y compartieron lo que tenían. Dieron más allá de lo esperado, porque primeramente habían dado sus vidas a Dios.

¿Y nosotros?

¿Cuál es nuestra realidad? ¿Somos acaparadores, comerciantes o inversores? ¿A cuál grupo pertenece usted? ¿Nos gusta tener, intercambiar o dar?

Hace años, cuando trabajaba en un colegio, planeamos tener una comida de camaradería. Se pidió que cada profesor llevase comida y luego de compartir la cena juntos, participaríamos de una Santa Cena. Yo imaginé mesas hermosamente engalanadas con apetitosos alimentos preparados con cariño; una cantidad suficiente para cada uno. Pero me resultó muy triste ver llegar a gran cantidad de familias con una pequeña porción de alimentos. Claro, cada familia esperaba que otras familias aportasen una cantidad más generosa. Demasiadas personas mostraron características de “acaparadores” y todo hubiera terminado en fracaso, de no ser que el encargado de la alimentación de los alumnos salió a socorrernos.

La generosidad es un atributo que no solo se espera de parte de los que más tienen. Los pobres, muchas veces, son proporcionalmente mucho más generosos.

Con mi familia fuimos misioneros en una región muy pobre del Brasil. Muchas veces niños hambrientos llegaban a casa pidiendo algo para comer. Un día, mi esposa le dio una gran rebanada de pan casero a un niño que había llegado a pedir alimentos. El muchachito, sin embargo, no comenzó inmediatamente a comer el pan. Un grupo de amiguitos lo estaba esperando y ni bien se alejó de casa, estos niños formaron un círculo y el muchachito con el pedazo de pan, comenzó a

distribuir un poquito a cada uno, hasta que él comió lo último que quedaba; apenas un bocado. Para él, la alegría de compartir era más importante que la de llenar su propio estómago vacío. Con este acto se transformó en un inversor.

Nuestra respuesta

¿Cómo reaccionamos cuando otros no dan según lo que nosotros esperábamos? ¿Cómo reaccionamos cuando nos toca sufrir por causa de que otros son egoístas? ¿Sentimos disgusto y resentimiento?

La Biblia nos dice que David sintió furia cuando sus hombres regresaron y le contaron lo que Nabal había dicho. Rápidamente decidió darle una lección que no pasaría desapercibida: planeó matarlo. Pero felizmente la historia no terminó con un homicidio, gracias a que Abigail –la pacífica esposa de Nabal– entró en acción. Sí, Nabal era merecedor de un juicio, pero no era David quien debía realizarlo. Nunca podemos hacer lo correcto, cometiendo errores. Tal como dijo el profeta Amós en el capítulo 5:12, 13:

“Yo sé de vuestras muchas rebeliones y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, recibís cohecho y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres. Por tanto, el prudente en tal tiempo calla, porque el tiempo es malo”.

Incluso cuando somos víctima de injusticias, es mejor depender de Dios para que él haga lo correcto. Jesús nos enseñó que Dios ve nuestras acciones. Escuchen las palabras de Jesús registradas en Mateo 25: 34-40:

“Entonces el Rey dirá a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre,

heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme'. [...]

Respondiendo el Rey, les dirá: 'De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis'".

¿Cómo tratamos a los otros? ¿Cómo tratamos a los necesitados? ¿Qué tipo de mayordomos somos? Estas son preguntas que debemos hacernos personal y constantemente.

Mi suegra siempre estaba alerta para encontrar a quienes estaban pasando necesidades. Muy seguido llevaba a su casa a personas que necesitaban recibir ayuda o ánimo. Ella consideraba que las fiestas de Acción de Gracias y Navidad no eran únicamente para la familia –eran oportunidades para incluir a los solitarios. Y mi trabajo consistía en ir a buscar a todos los que no tuvieran cómo llegar por sus propios medios.

Martha (es el nombre que yo le doy), no tenía vehículo, así que me tocaba cruzar la ciudad para ir a buscarla. Ella vivía sola en una habitación de un muy abandonado motel. Siempre estaba emocionada de que la incluyeran. Un año llegó con un regalo: era un retrato suyo enmarcado. Realmente sentí que tarde o temprano esa foto iba a ser olvidada en algún sitio invisible. Pero mi suegra decidió hacer algo distinto: la colocó en un lugar bien visible del pasillo. Allí permaneció por años y yo pasé al lado de ese retrato muchísimas veces.

Cada vez que lo veía, me hacía recordar que *todos* son importantes.

Las acciones de mi suegra fueron un maravilloso regalo para sus hijos y nietos, que aprendieron que las personas como Martha deberían estar en el primer puesto de nuestra lista de invitados. Cuando ayudamos a otros, realmente nos ayudamos a nosotros mismos. Ser mayordomo implica que somos fieles a Dios y que compartimos las bendiciones divinas con otros. Cuando somos generosos para con nuestros semejantes, en realidad somos generosos hacia Jesús.

Winston Churchill dijo: “Ganamos la vida con lo que conseguimos, pero hacemos la vida con lo que damos”.⁵

Conclusión

Hasta que Jesucristo regrese, tendremos acaparadores, comerciantes e inversores. Los seguidores de Cristo están llamados a compartir, tal como lo hizo él mismo. Él compartió su vida, de manera que nosotros podamos tener vida eterna. Y nosotros compartimos no porque tenemos que hacerlo, sino porque como seguidores suyos debemos ser fieles mayordomos deseosos de compartir las bendiciones de Dios.

1. Todos los textos bíblicos son de la versión Reina Valera 1995.
2. www.dailymail.co.uk/news/article-1237773/Prince-William-sleeps-rough-streets-London-experience-life-homeless.html.
3. <http://londonmuslims.blogspot.com/2011/04/shozna-homeless>

-muslim-royal-wedding.html; www.dailymail.co.uk/news/article-1377756/Royal-Wedding-Homeless-girl-Shozna-20-wowed-Prince-William-invited.html

4. John C. Maxwell, "The Boomerang Principle" en *Winning With People Workbook* (Nashville, Tenn.: Nelson Impact, 2004), 197.
5. http://thinkexist.com/quotation/we_make_a_living_by_what_we_get-but_we_make_a/14355.html.